
Presentación

En línea con el propósito indicado por Santo Domingo '92 de «inculturar» el Evangelio (cfr. Santo Domingo 230, 243 y passim), podemos hablar de una Moral desde América Latina y desde Colombia.

Así como la crisis moral se especifica de acuerdo a los diversos contextos culturales de continentes y de países o territorios particulares, también la orientación moral se particulariza, conforme a situaciones muy concretas.

En nuestro continente latinoamericano la Moral no puede desentenderse de la situación de enorme y flagrante injusticia y de pobreza generalizada. En nuestra querida Colombia, además de lo anterior, la Teología Moral debe ofrecer orientaciones iluminadoras para la denominada «cultura de la violencia y de la muerte».

Theologica Xaveriana, en esta primera entrega de 1997, se hace cargo de la necesidad de colaborar en la clarificación de las líneas eje de una moral latinoamericana. Este es el propósito unificador de las reflexiones que ofrece. Estas provienen tanto de los profesores, como también de los estudiantes, quienes realizaron un seminario de Moral fundamental con énfasis latinoamericano, en el segundo período académico de 1996. El deseo, siempre presente, es el de que la revista sea un foro abierto para una discusión fructuosa.

Ha parecido oportuno presentar, en primer lugar, el texto de la Carta de los provinciales jesuitas de América Latina sobre el Neoliberalismo, con motivo de la reunión con el Padre General, efectuada en México, a finales de 1996. Esta

corriente económica ha dejado y sigue dejando su impronta negativa en nuestros pueblos y merece una seria y comprometida reflexión.

El profesor Gustavo Mesa H. quiere mostrar, en una reflexión de fondo que los hechos de la violencia, sus fabulaciones y sus mitos son el resorte de una confrontación política alimentada por la religiosidad. La masacre constituye un acto ritual, en el que la muerte del otro llega a tener el significado del sacrificio. Y en esa violencia se muestra en todo su rigor el vínculo política y religión. En otras palabras, la religión refuerza su sentido, cuando desempeña el papel de imaginario político. El autor realiza esta comprobación en un intento de aplicación al caso de los partidos políticos colombianos. En la delimitación de los presupuestos se va viendo una cuidadosa definición del papel de los imaginarios, de las antinomias, del mito, de los símbolos y de los ritos. Todos estos elementos se comprenden dentro del universo englobante de la mentalidad y de la cultura.

El P. Carlos Novoa M., en su reflexión Colombia hoy: un análisis ético, desarrolla un análisis teológico sobre la crisis moral, que afecta los diversos ámbitos de la vida nacional colombiana. Presenta los datos de los hechos de violencia y hace un diagnóstico de lo que podemos llamar el «ethos violento» y algunas de sus causas en Colombia. Propone suscitar dinamismos de conversión personal y social, que vayan fortaleciendo el crecimiento de la solidaridad, contra una visión muy individualista, promovida por la ideología neoliberal.

Mauricio Llantén E. analiza las Dimensiones de una moral social. Explicita algunos de los fundamentos: 1. La opción fundamental por el amor, como sentido de la vida cristiana: se concretiza en el seguimiento de Jesús y en analogía con él (especificada históricamente). 2. Los valores del reino de Dios, que sirven de base firme a la moral social: la misericordia y la justicia. Para finalizar resalta brevemente la impunidad, como un problema grave de injusticia.

A partir del enfoque cristológico de Jon Sobrino, Javier Alonso Castro C. quiere mostrar la relación entre absoluto moral y cristología. Este intento presupone una explicitación de lo que el mismo Sobrino entiende por cristología, para poder delimitar los contornos del absoluto moral en su misma línea. En esta labor se llega a postular la historicidad de Jesús, como clave de acceso al Cristo total y criterio hermenéutico para el logro de este acceso. El absoluto moral se comprenderá, en consecuencia, dentro de un seguimiento, asimismo histórico, del Jesús que predica y hace el reinado de Dios. El criterio debe reproducir este proceso total en las

circunstancias históricas concretas de extrema injusticia y en una opción preferencial por los pobres, con disponibilidad hasta el martirio.

El aporte de Mauricio García D. gira en torno a un elemento específico de la teología moral en América Latina: la opción por los pobres. Desde el punto de vista del método en teología, la propone como un elemento fundamental de la teología moral social. Desarrolla varios momentos «metódicos»: 1. El encuentro con el pobre, como una experiencia mística, social y eclesial, en perspectiva de liberación; encuentro con el Señor en el servicio al pobre; implica el protagonismo del mismo pobre en esta nueva forma de ser Iglesia; lleva a un compromiso práxico liberador. 2. La producción reflexiva de una moral teológica tiene varios aspectos metódicos: es una moral ubicada históricamente, en contextos socio-culturales diferentes (debe tenerse en cuenta la situación para una toma de posición); se da una opción fundamental por el pobre; el sujeto interlocutor no es la modernidad, sino el pobre en su situación de pobreza; se hace necesario, para lograr una interlocución adecuada con el «sujeto pobre», repensar el concepto de «razón práctica» (en línea con Ricoeur se entiende como «conjunto de medidas adoptadas para preservar o instaurar la dialéctica de la libertad y de las instituciones»). Finalmente indica las diferentes mediaciones (socio-analíticas, filosóficas y hermenéuticas), que debe tener en cuenta el método, como saber teológico, y que garantizan una relación más adecuada entre la realidad, la revelación y tradición eclesial y la praxis de los cristianos. Es preciso establecer una forma de discernimiento crítico de estas mediaciones y tener en cuenta el problema del lenguaje en la ética, así como redefinir los temas morales, desde la perspectiva del pobre.

Arturo Enrique Araújo H. insiste, por su parte, en encaminar su reflexión por la línea de los aportes de la estética a la reflexión moral. No deja de ser interesante el intento de integrar los elementos lúdicos en la labor teológica. El autor parte de una visión de la vida, como experiencia estética, en la cual se revalora la mediación del cuerpo en la totalidad de la experiencia humana, ante una reflexión espiritualista desencarnada y un moralismo caduco, que intentó reducir el alma a un concepto metafísico. Dentro del arte de saber vivir, el alma es alegoría del cuerpo. La lucha por la justicia se entiende como una restauración del orden divino de la justicia, dentro de la pasión melancólica, que resalta la brecha entre la inmensidad de nuestros deseos y la escasez de medios para satisfacerlos. En medio de la violencia y crucifixión de nuestro país es posible esperar el paraíso, comprendido como estética.

Desde otro ángulo Ricardo Andrés Mendoza H. nos ofrece la línea de la espiritualidad ignaciana y su aporte a la reflexión moral. En los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola es posible ubicar una serie de puntos fundamentales, que es necesario articular y categorizar para poder comprenderlos, como contribución al horizonte moral. El autor desarrolla, en primera instancia, la visión antropológica ignaciana: el hombre criatura de Dios, en un dinamismo teleológico y como ser integral libre y capaz de querer. Luego se fija en el aspecto de la conciencia: el lugar más íntimo del ser humano, donde nos comprendemos como seres y tarea y donde la persona se encuentra a solas con su Creador. Acto seguido desarrolla los aspectos de la opción fundamental, la virtud y el mal moral y la decisión humana. Todo va encaminado a hacer posible la iluminación del juicio moral, base del auténtico discernimiento.

Finalmente ofrecemos, como lo hemos hecho en los últimos años, la Crónica de la Facultad del año inmediatamente anterior. En esta oportunidad se trata de la memoria histórica de 1996.

*Mario Gutiérrez J., S.J.
Colaborador de Edición*